

BIBLIOTECA DE PATRÍSTICA

32

Director de la colección
MARCELO MERINO RODRÍGUEZ

Basilio de Cesarea

EL ESPÍRITU SANTO

Introducción y notas de Giovanna Azzali Bernardelli
Traducción del texto griego y notas de
Argimiro Velasco Delgado

2ª edición, 2ª impresión: septiembre 2015

© 1996, Editorial Ciudad Nueva
José Picón 28 - 28028 Madrid
www.ciudadnueva.com

ISBN: 978-84-9715-258-7
Depósito Legal: M-26.251-2012

Impreso en España

Imprime: Afanias Industrias Gráficas - Alcorcón (Madrid)

INTRODUCCIÓN

I. EL TRATADO *SOBRE EL ESPÍRITU SANTO*. LA PERSONALIDAD Y LA ACTIVIDAD DE BASILO

El tratado *Sobre el Espíritu Santo*, último de los escritos de Basilio, maduró en el clima incandescente de la lucha empeñada por la ralea extremista del arrianismo, que advertía en el misterio trinitario una negación de la unicidad de Dios y un peligro de triteísmo, y después de negar la divinidad del Hijo igual a la del Padre, se emperraban ahora en negar la igual divinidad del Espíritu Santo. El tratado tiene, pues, una indudable importancia histórica. Presenta los desarrollos doctrinales más avanzados, que abrían el camino a las definiciones del Concilio de Constantinopla (381), y así anticipaban ya el triunfo de la ortodoxia.

Entre las tupidas mallas de la polémica y de un razonamiento árido y riguroso, que se vale de argumentos y de formas dialécticas en tan gran medida ajenos a los actuales, vibra la intensa y profunda vida interior de Basilio, y su indefectible adhesión a los contenidos de la fe y a la sabiduría de la vida, y su empeño de teólogo e incluso de pastor alcanzan la cumbre.

Como en un testamento espiritual, el Maestro capadocio hace su confesión de fe en el dogma de la Trinidad y afirma la certeza de la vocación del hombre a su divinización en el «sacramento» que es la Iglesia.

Para mejor comprender la complejidad del tratado, es provechoso tener presente cómo se ha ido plasmando la poliédrica personalidad del autor.

Nacido en torno al 329 en Cesarea, capital de Capadocia (la actual Kayseri, en Turquía), del prestigioso retor de Neocesarea del Ponto, Basilio, y de Emelia, en familia respiró desde la infancia la fe cristiana y el amor a la cultura griega, y halló condiciones privilegiadas para su propia formación. Los abuelos paternos poseían una propiedad de sátrapas, que se extendía por las provincias de Capadocia, del Ponto y de Armenia. Durante la persecución de Maximino, padecieron la confiscación de los bienes y, desterrados voluntarios, se retiraron a las montañas cavernosas del Ponto, donde vivieron de la caza.

La abuela Macrina, que solía repetir a sus nietos las enseñanzas de san Gregorio Taumaturgo, discípulo de Orígenes y obispo de Neocesarea ¹, los padres y luego Basilio mismo, la hermana Macrina y los hermanos Gregorio (al que él hizo obispo de Nisa) y Pedro (más tarde obispo de Sebaste), todos fueron con el tiempo venerados como santos.

El padre quiso que el hijo adolescente perfeccionara sus estudios en las escuelas más importantes de las capitales: Cesarea, Bizancio y finalmente Atenas, considerada todavía como la patria de la elocuencia, donde

1. Basilio lo recuerda todavía, como una garantía de su propia fe, en la *Carta* 204, 6 dirigida a los ciudadanos de Neocesarea en 375: «...Hemos sido criados por una abuela que era una santa mujer, nacida de entre vosotros. Quiero hablar de la famosísima Macrina, que nos enseñó las palabras del santo Gregorio, todas las que le había conservado la tradición oral, las que ella misma guardaba y de las que se servía para educar y para formar en las doctrinas de la piedad al niño que yo era entonces». Cf. también *Ep.* 223, 3.

trabó amistad profundísima, destinada a perdurar toda su vida, con Gregorio de Nacianzo, hijo del obispo de la misma ciudad. Llevaban allí vida común, sostenidos por una intensa pasión por el estudio. Como recordaría su propio amigo, Basilio sobresalía por su capacidad para aprender y por la amplitud de su interés, y así llegó a la cúspide del saber de su tiempo ².

Pero fue precisamente en Atenas, apenas cumplidos los veinte años y al término de sus brillantes estudios, donde comenzó a afirmarse en él un fortísimo sentimiento de insatisfacción y a la vez de atracción por una vida vivida evangélicamente ³.

Para comenzar, su hermana Macrina se había retirado a las soledades del Ponto, y su misma madre y los

2. Cf. Gregorio Nac., *In laudem Basilii*: PG 36 515C-528.

3. Basilio alude a ello así en su *Carta* 223, 2-3: «He perdido casi toda mi juventud en el vano trabajo al que yo me aplicaba para adquirir las enseñanzas de la sabiduría que Dios proclama loca. Un día, me desperté como de un profundo sueño, volví los ojos hacia la admirable luz de la verdad evangélica, y vi la inutilidad de la sabiduría de los príncipes de este mundo, abocados a la destrucción. Entonces lloré mucho por mi vida miserable, y pedía que alguien me diese su mano para introducirme en las doctrinas de la piedad. Ante todo me preocupaba de enmendar mis costumbres largo tiempo pervertidas por frecuentar a gente de mala vida. Así, pues, habiendo leído el Evangelio y habiendo observado que un modo eficazísimo de alcanzar la perfección consistía en vender las posesiones, en compartir su producto con mis hermanos los pobres, en quedar completamente libre de los cuidados de esta vida y en no permitir a complacencia alguna el hacer a mi alma volverse hacia las cosas de aquí abajo, yo ardía en deseos de hallar entre los hermanos a alguien que hubiera escogido este mismo camino de la vida, con el fin de franquear juntos el oleaje de esta vida. Descubrí muchos hombres de esta clase en Alejandría, en Egipto... Por eso, cuando vi que algunos en mi patria se esforzaban por imitar sus virtudes, creí haber hallado una ayuda para mi salvación».

hermanos Naucracio y Pedro habían seguido el movimiento monástico animado por Eustacio de Sebaste, el pionero de la vida ascética, que terminó ejerciendo también sobre Basilio un fuerte atractivo. En el 355 dejó Atenas y volvió a Cesarea. Aquí, muy probablemente, ejerció la retórica por algún tiempo. Pero ya al año siguiente volvía a ausentarse, para realizar viajes exploratorios que le permitieran conocer más de cerca a los hombres que en las diversas regiones orientales se habían entregado a la vida ascética. Con viva admiración, visitó a muchos ascetas en Alejandría y en el resto de Egipto, en Palestina, en Siria, en Celesiria y en Mesopotamia.

Su formación se acabó con la decisión de entregarse a la vida anacorética, bien pronto transformada en cenobítica, a la cual Basilio siguió siendo fiel, si se exceptúan las interrupciones debidas a los cargos para los que le llamó su obispo.

En el 358 recibió el bautismo y se retiró a Anesis, en el Ponto, sobre el río Iris y no lejos de los suyos. «Allí es donde Dios me ha mostrado un paraje tan conforme a mi carácter... —escribe a su amigo Gregorio—. Es una montaña alta, cubierta de espeso bosque y regada al norte por límpidas y frescas aguas. A sus pies se extiende una llanura en suave pendiente, continuamente empapada por las aguas que rezuman de la montaña. Un bosque crecido espontáneamente a su alrededor, con gran variedad de especies de árboles, le sirve, o poco menos, de cerca... Pero el mejor elogio que podríamos hacer de este paraje es que, por su capacidad natural de producir toda clase de frutos, gracias a su favorable situación, produce lo que para mí es el mejor de los frutos: la tranquilidad»⁴.

4. *Ep* 14, 1-2.

Basilio invita también a Gregorio a aquel lugar encantador. Llegan el amigo. Juntos leen a Orígenes, y de él extractan la *Filocalia*⁵. Pero Gregorio no resiste largo tiempo aquella vida que Basilio le había descrito tan idílica y que, sin embargo, le exigía hacer también de leñador y picapedrero... De hecho, el temple de los dos amigos se revela bastante diverso: en la soledad, Basilio se calma y se recarga, mientras que Gregorio siente aguzarse la nostalgia de sus seres queridos y de las relaciones con el mundo que ha dejado y del que se siente empobrecido.

La actividad de Basilio es siempre intensa. Como Lector, acompaña al obispo Dianio al Concilio de Constantinopla del 360. Vuelve inmediatamente después, y compone *Moralia* y *De juicio*. En el 364 es ordenado sacerdote, y le invitan a quedarse junto al nuevo obispo de Cesarea, Eusebio. Las relaciones entre ambos no son siempre fáciles. Para no prolongar la incómoda situación, Basilio deja Cesarea y vuelve a su retiro.

Le visita bastantes veces Eustacio, y le invita, con muchos obispos, a Eusinoe, para preparar el Sínodo de Lámpsaco, en el otoño del 364. Aquí tiene durante todo el tiempo a su disposición a muchos taquígrafos, a los que va dictando los argumentos del *Contra Eunomio*⁶. En Anesis se cuida además de los monasterios de la región, y explica el *Pequeño Asceticon*. Pero en el 370, a la muerte de Eusebio, es llamado a sucederle.

Su elección para obispo acaba definitivamente con la amada experiencia de la soledad y le lanza al prosencio en las cuestiones más graves del momento.

5. Lit. «selección de bellas cosas, hecha con amor». Es una antología o florilegio.

6. Cf. *Ep.* 223, 5.

En su calidad de obispo de Cesarea, capital de Capadocia, la más importante región de Asia Menor, tenía dignidad de metropolitano sobre sedes episcopales limítrofes, y funciones de exarca en la organización administrativa imperial. El emperador Valente, arriano, perseguía a quien permanecía fiel al credo de Nicea, y en Oriente se venía arrastrando la espinosa cuestión del cisma de Antioquía⁷, que laceraba a la Iglesia de Oriente y amenazaba a la compacta solidez y la unidad de la propia Iglesia de Occidente. Por eso Basilio, en cuanto fue elegido, se halló en la necesidad de obrar a la vez en el plano pastoral, en el teológico y en el político.

Autoritario por temperamento, ufano y orgulloso de su tierra y de las tradiciones de su familia, poseía una inteligencia viva y una exquisita sensibilidad, se había formado una excelente cultura y tenía una infatigable energía, que ni su delicada salud lograba doblegar: por estas cualidades y por su múltiple actividad se impuso muy pronto a la admiración de todos. Se dedicó de lleno a los cuidados que requerían las necesidades inmediatas de sus fieles, haciendo erigir, para la asistencia de los enfermos, de los indigentes y de los peregrinos, un vasto complejo, con habitaciones anejas para los médicos, los enfermeros y los auxiliares: una nueva ciudad, construida principalmente a sus expensas, llamada «Basiliada», a la salida de Cesarea. Podía inaugurarla ya el 3 de septiembre del 374.

Dio más cumplida y ordenada forma a la vida monástica, organizada en el *Gran Asceticon* (*Regulae fusius*), llevando así a cabo una tarea de ordenador y legislador del monacato, que valió también en Occidente hasta la *Regla* de san Benito.

7. Cf. *Ep.* 66 y 243, 2.

Gregorio Nacianceno recuerda una reforma o reorganización litúrgica, que todavía parece atestiguada por la anáfora eucarística que ha llegado hasta nosotros.

Ligadas a su cargo de pastor, sus homilías son un documento incomparable de elocuencia y de exégesis bíblica.

Pero el empeño al que se mantuvo incesantemente ligado, con manifiesto sentido de servicio ecuménico a la Iglesia, fue la defensa del dogma trinitario y el arreglo del cisma de Antioquía.

El rico *Epistolario* –366 cartas, casi todas del período episcopal– es un documento precioso de las intensas relaciones que Basilio entretejió en Oriente y en Occidente, con frecuencia en circunstancias de gran tensión ⁸.

Al declinar del 371, el emperador Valente se personó en Capadocia. Bajo amenaza de exilio, urgió a Basilio a que firmase la fórmula de fe semiarriana aceptada por el Concilio de Rímmini del 359 que desterraba los términos *ousía* y *homoousios*, empleados por los Padres de Nicea, porque no eran bíblicos, y declaraba al Hijo «semejante al Padre en todo» (*hómoion tò Patrì katà pánta*).

Basilio resistió. Pero Valente pasó a la represalia. Para reducir su influjo, dividió a Capadocia en dos provincias: Capadocia primera, que conservaba como capital a Cesarea, y Capadocia segunda, con capital en Podandos, primero, y luego en Tiana.

Los obispos de la nueva provincia, capitaneados por Antimo, reivindicaron en seguida su independencia, con riesgo para su ortodoxia ⁹.

⁸ El *Epistolario*, estimable expresión de este género literario, es una fuente preciosísima para el conocimiento de su tiempo. Puede verse el amplio estudio de J. Y. Courtonnes.

⁹. Cf. *Ep.* 98, 2.

Para contrapesar las pérdidas, Basilio creó nuevas sedes episcopales en la propia provincia y en ellas situó a las personas de más confianza: En Nisa, a su hermano Gregorio; en Sasima, pequeña encrucijada caravanera, al amigo Gregorio Nacienceno; en la perdida aldea de Iconio, al amigo Anfiloquio. De los primeros, sin embargo, le llegaron preocupaciones y amarguras. El hermano mostró ser un administrador inhábil, y el amigo, como ya le había ocurrido en el intento de tenerlo como compañero de vida monástica en Anesis, primero aceptó, pero luego no residió nunca en aquella sede episcopal desolada y mortificante, y se quejó a Basilio de haber sufrido una presión demasiado fuerte ¹⁰.

Pero el desengaño más profundo y amargo lo tuvo Basilio en sus últimos años por el comportamiento claramente desleal y veleidoso de Eustacio, obispo de Sebaste, el hombre que lo había fascinado en su juventud y le había introducido en la vida monástica. Contaba con su apoyo leal: su sincera fidelidad a la amistad, que era un elevado aspecto de su ánimo, aquí le impidió sondear con realismo y destreza el ánimo del antiguo maestro.

Eustacio se había adherido a las declaraciones de fenicena del Concilio de Ancira del 358, y de Constantinopla del 360, pero había expresado sus titubeos acerca de la divinidad del Espíritu Santo, y cada vez más se había ido arrimando a las posturas de los «pneumatómacos», que lo consideraban de naturaleza creada. Basilio creyó que tales dificultades podrían superarse fácilmente en un examen franco, preciso y cordial, y así

10. Sobre este episodio, véase el detallado estudio de S. GIET, *Sasimes. Une méprise de saint Basile*.

tener a Eustacio de su propio lado en el sostenimiento de Melecio, para arreglar el cisma de Antioquía. Pero se engañó sobre ambos puntos. En dos días de fatigosa reflexión, durante un encuentro en Sebaste, en junio del 372, Basilio tuvo la impresión de haber llegado al acuerdo sobre los puntos que atañían a la ortodoxia ¹¹.

Al año siguiente, en otro encuentro en Sebaste, Basilio consiguió que Eustacio suscribiese una profesión de fe que anatematizaba a quien declarase que el Espíritu Santo es una creatura ¹².

Pero, inesperadamente, Eustacio dio el vuelco. Falsificó la correspondencia entre Basilio y Apolinar de Laodicea, y le acusó de «triteísmo». De esta manera, Eustacio se revelaba, abiertamente desde ahora, como cabecilla de los pneumatómacos ¹³. Basilio, forzado a reconocer que la ruptura era definitiva ¹⁴, se defendió en la Homilía *Contra los que, calumniándonos, dicen que hemos dicho que hay tres dioses*. El entusiasmo por la vida religiosa había unido a los dos hombres, y ahora los separaba la diversa concepción del dogma.

Hacia amarguras mayores aún le condujo su empeño en recomponer el cisma de Antioquía. Tres obispos de fe nicena habían sido elegidos de una manera regular en la comunidad cristiana. Paulino, de la corriente antiguo-nicena, la más intransigente, había sido elegido por Lucífero de Cagliari y tenía el apoyo de Atanasio de Alejandría y del papa Dámaso; en Melecio, neo-niceno homeousiano, tenían puesta su mirada los obispos del área siro-palestinense; Euzoio, filoarriano y filo-

11. *Ep.* 99, 2.

12. *Ep.* 125.

13. *Ep.* 263.

14. *Ep.* 223.

imperial, detentaba los edificios eclesiásticos; Lucio era el obispo arriano.

Todo el Occidente se alineó con Atanasio, insigne y venerado obispo de Alejandría, y con Paulino¹⁵, mientras que en Oriente se consolidaba más y más Melecio, signo de contraste entre los arrianos.

Basilio intentó reunir en Oriente a todos los antiarrianos, valorando las posturas no intransigentes, para despegar del arrianismo a todas las personalidades y ambientes que le fuera posible. Con este fin estableció una tupida red de relaciones. Busca el contacto con Atanasio, pero halla algunas dificultades; escribe directamente al papa Dámaso¹⁶ rogándole que interviniera para recuperar la paz en la Iglesia de Oriente y remediar el deplorable desorden que amenaza con resquebrajarla bajo la presión aplastante del arrianismo y el escándalo de las corrientes contrapuestas y del cisma de Antioquía. Pero el Occidente está muy lejos de una comprensión justa y de una valoración de la situación de Oriente. Para el papa Dámaso, todo lo que no está estrictamente conforme con la fe nicena es arriano. No percibe los múltiples matices de las posturas ortodoxas que se habían formado en Oriente. Su temperamento autoritario choca con el temperamento vehemente de Basilio, en quien recaen, consecuentemente, incomprendiones y humillaciones acerbas. Se dirigió al hermano y colega más eminente para obtener una señal de aprobación que convalidase su obra, pero, a pesar de sus reiterados intentos, tratado como un subalter-

15. Por desgracia, Melecio no aceptó la invitación de Atanasio para un encuentro, quizás porque le atribuía alguna responsabilidad en los manejos de Lucífero. Cf. *Epp.* 89, 2; 214, 2; 258, 3.

16. Cf. *Ep.* 70.

no, recibe únicamente la invitación a atenerse al credo de Nicea.

En este clima conflictivo, que mucho le apenaba, Basilio compuso su tratado para defender al Espíritu Santo, inseparable del Padre y del Hijo, y digno de igual honor que el Padre y el Hijo, y para ilustrar su obra esencial en el alma del creyente.

Y no se cansó de insistir para lograr el apoyo occidental. Del año 376 es otra memorable carta a los obispos de Italia y de Galia, para que intervinieran ante Valentiniano ¹⁷.

Pero el Occidente no comprendía y –lo que es más grave– se desentendía y no aceptaba el comprobar con una delegación propia, como le había pedido insistentemente Basilio, en qué situación real se hallaba el Oriente. Además de las distancias, se interponía la dificultad debida a los conflictos temperamentales, a las influencias personales y a la especificidad de la terminología teológica: *hypóstasis* en Oriente significaba ya, casi generalmente, «persona», cuando en Occidente continuaba teniendo el significado etimológico: *substantia*, la misma acepción de *ousía*.

En Occidente, todo lo que no era absolutamente conforme con el credo de Nicea se consideraba arriano, sin más.

Por esta razón los obispos occidentales se alinearon siempre más a favor de Paulino; Melecio fue finalmente invitado sin rodeos a deponer la dignidad episcopal y a volver a la condición de simple presbítero bajo Eustacio, señal manifiesta de la carencia de una visión clara y exacta de la situación.

17. Cf. *Ep.* 243, 2-5. En ella se lee una conmovedora descripción de la persecución en curso, y del descarrío y desviación que produce la enseñanza herética, particularmente en los jóvenes.